

EL TEPONAZTLI NANA DE TEPOZTLÁN Y SU HIJO EN SAN JUAN ATZINGO

ANA MARÍA SALAZAR PERALTA
*Instituto de Investigaciones Antropológicas,
Universidad Nacional Autónoma de México*

Aclaración inicial

Antes de iniciar la presentación de este trabajo quisiera hacer la presente aclaración, soy una entusiasta promotora de los Coloquios Internacionales sobre Otopames, sin embargo mi experiencia profesional se ocupa del estudio de las “modernas sociedades tradicionales” morelenses. Es por ello que la presentación de este trabajo me hace sentir pastando en prado ajeno. Deseo señalar mi gratitud a la gente de San Juan Atzingo por el privilegio de haber asistido a la comunidad en noviembre de 2005, en ocasión del VII Coloquio Internacional sobre Otopames. Ello me ofreció la oportunidad de recoger el dato sobre el vínculo entre San Juan Atzingo y el colectivo de pueblos originarios de Tepoztlán, Morelos. En este contexto quisiera reconocer los aportes etnográficos de las investigaciones de Roberto Weitlaner, Jacques Soustelle, Barbro Dahlgren, Guy Stresser Pean, Noemí Quezada, Jacques Galinier, Martha Muntzel y Reyes Álvarez, quienes me han precedido en la investigación etnográfica y lingüística de San Juan Atzingo a lo largo del siglo XX, recuperando el conocimiento de la realidad histórico-cultural de estos pueblos. El enorme valor de los datos proporcionados por sus etnografías, me permitió establecer el puente para interpretar el vínculo cultural entre estas dos comunidades. Y explorar una dimensión de la riqueza de las fronteras étnicas entre las comunidades nahuas y las otopames.

Presentación

Entre las diversas curiosidades etnográficas que los antropólogos Roberto Weitlaner y Jacques Soustelle indagaron en el territorio *tlahuica* (1934) se encuentra el vínculo cultural entre Tepoztlán, Morelos, y San Juan Atzingo, en el Estado de México. Estos dos poblados en apariencia distantes y disímiles parecen haber

tenido en el pasado más en común de lo que actualmente se puede percibir. Es por ello que en este trabajo nos interesa indagar cuál es la naturaleza de la relación interétnica. Y conocer, si está vigente aún tal vínculo.

Para responder a estas preguntas nos proponemos analizar los contextos socioculturales de estos dos ejemplos etnográficos indagar sobre los elementos culturales que nutren las tradiciones y la memoria colectiva en torno al vínculo cultural entre Tepoztlán y San Juan Atzingo, sus peculiaridades culturales, la pervivencia de sus tradiciones y la reproducción de la memoria histórica. Para ello nos nutrimos de la experiencia etnográfica de la visita en torno al diálogo intercultural con la población de San Juan Atzingo en el marco del VII Coloquio Internacional sobre otopames y mi experiencia de campo en la comunidad de pueblos originarios de Tepoztlán, Morelos.

El contexto cultural

El estado de Morelos históricamente ha sido promulgado desde tiempos antiguos como la provincia *tlahuica*, identificada en la colonia con el Marquesado del Valle y catalogado como unidad de significación desde tiempos pretéritos por su historia y sus recursos naturales, amén de un rico acervo cultural (López 1969). Recordemos la mención de fray Diego Durán (1967), quien señalaba que las migraciones tlahuicas fueron las últimas en llegar al altiplano; asentándose en Temoanchan, según afirmaba el padre Plancarte (1982: 14 y sigs.).

Un referente inicial para la indagación es el origen común de los actuales estados de Morelos, Guerrero y el de México, entidades que adquirieron autonomía y fueron separadas jurídicamente en 1869. Un dato adicional corresponde a la composición de su población: nahuas en Morelos y en Guerrero, aunque este último también alberga población mixteca y tlapaneca; mientras que la población de San Juan Atzingo es de lengua ocuilteca (Muntzel 1983), de la familia lingüística matltzinca-otopame, y se encuentra en el polígono que forman Santiago Tianguistenco cercano a los afluentes del río Lerma, Malinalco y Ocuilan.¹

Roberto Weitlaner en su excepcional empresa científica abarcó el conocimiento de la lengua, amén de una *encuesta etnográfica* que reunió miles de rasgos observados en su *Summa de Visitas* (Dahlgren 1966: 25-29).

¹ Los indicadores nacionales de población indican que la presencia indígena en estas tres entidades continúa siendo muy representativa, pese a que la tendencia observada indica una disminución gradual de la población indígena en relación con la nacional, convirtiéndose en una población minoritaria, cuya cultura es un impedimento para mejorar su calidad de vida en sus territorios.

En sus trabajos etnográficos entre los indios del centro de México se interesó en el tema de las peregrinaciones y recorrió, de pueblo en pueblo, el norte del Balsas y sus afluentes, surcando gran parte de los estados de Guerrero, Morelos y el de México, siendo el pueblo más septentrional Ixtlahuaca; así descubrió una extensa red interétnica que delinea la totalidad de la antigua zona matlatzinca.

En *México, tierra india*, Soustelle narra el episodio en el que Imgar Weitlaner Johnson y el propio Soustelle visitaron San Juan Atzingo (1934), pueblo descrito como refugio de zapatistas y fugitivos que se asimilaron a la vida de este pintoresco lugar en la frontera con Morelos, “todos ellos, cualquiera que fuera su origen, han adoptado la lengua del pueblo. Es un dialecto matlatzinca único en su género, de fonética erizada, ruda a la boca y al oído y no se lo habla estrictamente sino allí” (Soustelle 1971: 129-139).

Dichos investigadores, indagando sobre las costumbres y las cofradías, fueron informados de la existencia del teponaztli: “Los aztecas empleaban el teponaztli, tambor de madera hueco, con dos labios o bordes vibrantes cada uno de los cuales producía un sonido diferente y este instrumento, conocido por todas las tribus civilizadas, intervenía en las ceremonias y en todos los actos públicos importantes”.

En tiempos de los *antiguos*, había en San Juan Acingo un teponaztli que era al mismo tiempo un ser viviente. ¿Cómo podría ser eso? Nada se sabe, pero en esos tiempos, dicen, las cosas poseían virtudes que han perdido después. Ese tambor era inclusive hembra pues dio a luz un teponaztli más pequeño, que es el que se conserva todavía en San Juan. En cuanto al tambor-madre, él (o ella) se marchó, siempre por arte de magia, a Tepoztlán, estado de Morelos, y la pirámide que se ve allí no es otra cosa que el lugar donde terminó el viaje del tambor...

Soustelle y Weitlaner debatían sobre lo extraordinario del relato, donde el tambor sagrado se transforma en *el mero tepozteco, el dios que era adorado en Tepoztlán, el mismo hombre-dios-gobernante*, considerado por los evangelizadores como *el diablo* (Acuña 1985: 183 y sigs.), adorado por los habitantes de la comarca.

Los pueblos de Tepoztlán y San Juan Atzingo poseen una historia cultural de muy larga tradición que se nutre con la interacción simbólica entre el territorio, la naturaleza y la cultura. Así, en el imaginario colectivo de la población actual de Tepoztlán,² el *teponaztli nana* en posesión de la mayordomía de Tepoztlán

² En el registro etnográfico de la fiesta patronal del 7 de septiembre del 2005 y 2006.

es el mismo tambor que el *Tepoztecatl*, en sus hazañas, le había despojado al señor de Cuauhnahuac.

Ascensión H. de León Portilla (1988: 162 y sigs.) señala que a Mariano Jacobo Rojas (1908), tepozteco nahuatlato se le atribuye la primera recopilación de la narrativa indígena en la que destacan la *Leyenda del Tepoztécatl* y la pieza de teatro náhuatl el *Reto del Tepozteco* esta última de carácter evangelizador.

A mediados de 1983, la maestra Barbro Dahlgren,³ basada en su experiencia profesional temprana en Tepoztlán, insistía sobre el vínculo cultural entre estos dos poblados, sus tradiciones y la unidad cultural que constituían. Ella argumentaba que el *teponaxtle* de Tepoztlán *estaba emparentado* con el de San Juan Atzingo en el Estado de México. Este dato siempre había sido un enigma y un desafío a develar entre mis indagaciones etnográficas en Tepoztlán.

Nos parece que la narrativa indígena de la comunidad de pueblos originarios de Tepoztlán tiene una gran riqueza histórica cultural que nos ayuda a entender lo extraordinario del personaje mítico y la ética colectiva que nutren la identidad tepozteca contemporánea. Es por ello que nos acogemos a la versión de la *Leyenda tradicional del Rey Tepozteco* y en particular sobre el nacimiento de Tepoztécatl, editada por el tepozteca Enrique Villamil (1963: 13 y sigs.).

El nacimiento del Rey Tepozteco

Hubo en este pueblo de Tepoztlán, Morelos una doncella hermosa, hija de padres honorables, que les agradaba mucho ir a lavar y bañarse en la barranca de *Atongo*, situada a dos kilómetros de esta población; se decía y hasta la fecha existe la creencia que en las barrancas dan aires que dañan a las personas, pero la doncella no se lo creyó; cuando al cabo de un mes se sintió madre. Apenada por lo que sentía, consulto a una famosa curandera de ese tiempo, y ella la instruyó cómo debía presentarse ante sus padres; diciéndoles que bañándose en la barranca donde existen los aires resultó embarazada. Pero si quería cubrir su honra, la curandera le daría un remedio muy eficaz compuesto de yerbas por ella conocidas; pero la doncella por el remordimiento en su interior pensaba conocer al hijo de sus entrañas. Entonces se resolvió presentarse ante sus padres y con pena les dijo del estado en el que se encontraba. Pero los padres con honda pena por su honorabilidad, aparentemente se convencieron. Pero al nacer el niño, el padre de la doncella ocultándose improvisó un cajón en forma de huacal en el que acomodó a la criatura y en la obscuridad de la noche lo fue a tirar a la barranca de *Huicoyan* para que muriese ahogada, regresó a su casa. Al otro día muy temprano volvió a la barranca encontrando al niño vivo, sin el menor daño, pues se alimentó con el rocío de la noche. Volvió a recogerlo y lo llevó a un hormiguero y lo abandonó. Volvió al día siguiente al hormiguero y lo encontró vivo, había sido alimentado por las hormigas que le llevaban de comer. Muy enojado tomó al niño y se lo llevó a una ranura de la barranca de *Huicoyan*, un sitio muy peligroso y desde ahí lo aventó. A la mañana siguiente muy temprano un matrimonio de ancianos pasaba por el lugar, escucharon el llanto de la criatura, al oírlo fueron a buscar

³ Comunicación personal 1983 a 2000.

dónde se encontraba y he ahí que lo encontraron con sus bracitos extendidos hacia ellos. En cuanto los ancianos lo abrazaron dejó de llorar, lo llevaron a su casa donde le dieron todos los cuidados.

Creció el niño muy inquieto pero respetuoso con sus padres ancianos. Cuando tenía siete años, le dijo a su padre que le hiciese un arco y unas flechas, el cariñoso padre le concedió el deseo. Entonces el pequeño todos los días salía al campo a cazar huilotas, conejos y otras aves para alimentar a sus padres ancianos. Cuando tenía doce años, se presentaron ante el padre *los tepiles* o mandatarios del pueblo a decirle que por su edad había sido elegido según la ley para que lo devorase el monstruo de *Xochicalco*, lugar que significa la flor de los palacios. El anciano se entristeció por la noticia, pero el pequeño niño le dijo a su padre, no te apenes yo iré en tu lugar. Lo que debo recomendarte le dijo, es que al otro día acompañado de los tepiles, vayan al lugar llamado *Tlahlchialoyan* o mirador, desde ahí se observa toda la región, al amanecer tendrán cuidado de mirar al oriente, si aparece una hermosa nube blanca. Esten satisfechos pues he matado al monstruo y si fuese nube negra es ya me ha devorado. Hecha esta recomendación al día siguiente preparó su morralito de *izcle* y al tercer día fue llevado por los tepiles, saliendo del pueblo llegaron a *Tequimila* donde el niño le dijo a uno de los tepiles párate ahí y te llamarás *Zacatepetl* ó cerro del zacate y quedó encantado para siempre. Enseguida dijo al segundo tepil párate ahí y te llamarás *Texihuiltepetl* quedando encantado. Al tercero le dijo, párate ahí y te llamarás *Tlamatepetl*, siguiendo el camino iba jugando y juntando *aiztli* ó vidrios (obsidiana) en forma de hoja cortante, depositándolos en su morralito de iztle. Enseguida llegó a un lugar donde un *Cuicuiatzatl* ó aguililla estaba sobre una piedra plana, lugar llamado cuicuiatzatlan. Mas abajo encontró en el camino un carrizo tirado y le llamó *Acallyohcan*. Enseguida llegó a un pastal y lo llamó *Zacatech*, adelante encontró una varaniera le llamó *Tlacotzinco*. Así mismo todos los lugares que atravesó hasta llegar a Xochicalco. Llegando al lugar fue presentado al monstruo, era una serpiente enorme que le decían *Mazacuatl* que lo vió con desprecio por lo pequeño que era; pero que no objeto debido al hambre que tenía, así que pidió que se lo llevarasen, enseguida se tragó al pequeño Tepoztecatl, cuando al instante empezó el monstruo a retorcerse, el niño con los vidrios que llevaba en el morral le rajó la barriga, el animal al fin murió y el niño salió ileso de la barriga del monstruo. En ese momento se sintió un fuerte *emalocotl* ó remolino oscureciendo el día, haciendo desaparecer al animal que tanta gente había devorado. La gente a ahí reunida quedó sombrada por la proeza del niño. Entonces el Tepoztecatl vencedor de este desafío había liberado y salvado a tantos pueblos de la región, fue declarado rey por su pueblo haciéndose famoso en la región. Entre tanto, sus ancianos padres se encontraban en *Tlahlcharoloyan*, se llenaron de gusto al mirar por el oriente una hermosa nube blanca. Tiempo después *los mexihca* le hicieron muchos obsequios, le trajeron un cajón cerrado sin saber lo que contenía. Un día reunido con su pueblo sin saber que contenía los regalos por curiosidad empezaron a forcejear el cajón del obsequio de él escaparon miles de palomas dirigiéndose hacia la ciudad de México. Las que quedarón desplumadas se quedaron en el pueblo. Entonces el *Tepoztecal* enojado les dijo: Las palomas que dejaron volar no era otra cosa que la fortuna de este pueblo, esa fortuna fue a enriquecer a los *mexihca* y las desplumadas que han quedado aquí, son la pobreza de éste pueblo. Este pueblo vivirá siempre pobre y por su curiosidad será entre los pueblos observador de la riqueza de otros; habrá hombres inteligentes pero se alejarán de este pueblo donde nacieron como las palomas que escaparon.

En el salón elegantemente adornado con yoloxochitl y bellísimos festones tapizando las paredes con blancos jazmines, el teponaztle sonaba estrepitoso. El señor de cuauhnahuac llegaba arrogante y magestuoso, el pueblo, los niños y los ancianos postrados a sus pies. Enseguida los reyes de Yauhtepec, Oaxtepec y Tlayacapan entraban serenos, hostentaban hoscos sus relucientes trajes. El comedor era sorprendente, el cuapechtli de pino sobre un fino mantel se veía el techtli asado los pescados, el mazatl, el huexolotl, tlacoyos, frutas particulares, miel de colmena y del maguey el licor efervecente... (Villamil *op. cit.*)

En 1995, Marcela Tostado, encargada del Centro de Documentación Histórica del Convento de la Natividad en Tepoztlán, perteneciente al INAH, realizó un concurso de narrativa indígena con el interés de recuperar la tradición oral y la memoria histórica de los tepoztecos (Tostado 1998). En la narrativa indígena compilada se aprecia la convicción política de los tepoztecos en defensa de su territorio y sus bienes culturales amenazados por el proyecto de construcción de un club de golf. Se observa también que la narrativa tepozteca recupera del pasado los elementos primordiales que reproducen la manera de vivir, de pensar y de representarse como tepoztecos en el siglo XXI. En una de tantas versiones de la *Leyenda del Tepoztécatl*, se cuenta que,

El rey de Cuernavaca había organizado un fandango, el Tepoztécatl se fue a presentar pero los soldados lo sacaron: aquí apestas, sácate -lé dijeron. Entonces él se regreso, se disfrazo de *fffi*, muy compuesto y limpio se volvió a la fiesta. Cuando llegó a la fiesta, le dijeron: pásele y lo fueron a sentar a una gran mesa. Le sirvieron ricas viandas y él se embarro toda la comida, se echo el chile en la ropa, todas las mangas se lleno de mole. Los reyes y los convidados le preguntaron por qué hacia eso, él les dijo: ya endenantes vine, ustedes me empujaron. Ahora que vengo bien vestido le doy de comer a mi ropa, que a ella invitaron; los otros se extrañaron.

En eso estaba sonando el teponaxtle, que tiene sus dos sonidos, uno alto y uno grueso, y como al Tepozteco le gusto el teponaxtle empezo a hacerse airecito, airecito hastas que se soltó un aire que nadie podía ver, entonces se robo el teponaxtle y se fue con él. Ya luego lo perseguía la tropa; en Amanalco el Tepozteco se orino y con el agua de sus orines se hizo la barranca de Amanalco; luego en Comatlán estuvo tocando el Teponaxtle; en Huixcatlán se puso a tocar otra vuelta. Finalmente llegó a Tepoztlán y dejo el teponaxtle con el mayordomo de la Santísima. La tropa que lo venía siguiendo llego hasta la casa donde vivía, pero entonces vino un aironazo y la convirtió en piedra y, esos soldados son los escalones de la montaña (Bello 1998: 26-27).

El papel de la narrativa indígena

Las etnografías modernas de nuestros casos de estudio no presumen la existencia de una frontera cultural entre ambas entidades; por el contrario, siguiendo el modelo de fusión e integración de *la ontocompatibilidad* enunciada por Galinier (2006), existe una complementariedad entre los pueblos de la región del Ne-

vado de Toluca con los de Tierra Caliente. En ambas narrativas se observa el exuberante uso de la metáfora que sanciona desde la ética colectiva la pérdida de los valores esenciales de la comunidad.

Otro rasgo distintivo que se aprecia en la narrativa autóctona es el papel de la autoadscripción a la filiación *tlahuica*. En ésta no se repara en la diferencia lingüística, sino en la identificación con la unidad de significación étnico-política de la noción *tlahuica*. En el discurso de los actores sociales se enfatiza: “Atzingo se funda con la gente que salió de Teotihuacán, que pasó por Tepoztlán y Xochicalco hasta llegar a este territorio”.⁴ De tal suerte que no nos extraña que en el discurso de las autoridades tradicionales en la ceremonia de consagración de los *bastones de mando* se haga referencia al *Teponaztli sagrado de San Juan Atzingo, hijo del Teponaztli nana de Tepoztlán*.

Gordon Brotherton (1995: 185-186), en su trabajo *Las cuatro vidas del Tepoztécatl*, presenta a Tepoztécatl como compañero de Ome Tochtli, y agrega: “subieron al cielo para seguir o marcar el camino que oscila de un lado a otro”. [Pero más que un compañero de Ome Tochtli, yo considero que Tepoztécatl es una de las advocaciones de tal personaje.] Tepoztécatl pertenece a un equipo de los cuatrocientos conejos y once bebedores que se comunican entre el cielo y la tierra, asociados con las pléyades. Tepoztécatl se defiende gracias a los once cerros, sus bastiones. Dicha virtud lo relaciona como el dios del pulque, quien era adorado como el ídolo de piedra que resistió a los posteriores asaltos católicos (Brotherton *op. cit.*).

Al Tepoztécatl cosmogónico le sucede su homónimo épico, quien como tal vive más involucrado en la historia meramente humana. Otra característica típica del héroe épico es su nacimiento extraordinario, resultado de una partenogénesis de la fuerza generatriz del viento del cerro Ehecaltepetl. Así Ehecacone-Tepoztécat es hijo del viento (Brotherton *op. cit.*). Por ello, el tambor sagrado se transforma en *el mero Tepoztécatl, el dios del pulque, hermano menor de Quetzalcóatl*, el mismo *hombre-dios-gobernante* de Tepoztlán que junto a Quetzalcóatl, Petecatl y Mayahuel descubrieron el pulque en el Chichinauhtzin.

⁴ Durante el siglo XVIII, inician los litigios por invasión de tierras contra los de Ocuilán. Es por eso que los *tlahuicas* hemos hecho cumplir nuestros derechos plenipotenciarios y soberanos demandando la reposición de 14 700 hectáreas de tierras también colindantes. Hemos denunciado a los *talamontes* y a los invasores de los terrenos comunales de todo el núcleo agrario, hemos solicitado a las autoridades conservar el bosque y el medio ambiente, y demandado se cumplan las resoluciones. Porque de no atenderse habrá confrontaciones en la cabecera municipal. Y que se sepa: San Juan Atzingo está en pie de lucha por defender su cultura y territorio.

El imaginario colectivo de Tepoztlán no repara en dicha consideración académica, por lo que en su narrativa el tiempo histórico y el tiempo mítico se yuxtaponen. Por otro lado, se aprecia la apropiación del territorio, entendida como la recuperación del sentido del contexto espacio-temporal o geohistórico, matriz indisociable de los hechos sociales (Giménez 2005: 429-450). En ese sentido, Druzo Maldonado destaca el vínculo sociocultural entre los territorios morelense y mexiquense, entidades vecinas relacionadas con la noción del *espacio cultural*, articulada en el campo del ritual en el que se observa la yuxtaposición de una *geografía ritual agraria*, producto de los procesos histórico-culturales que enfrentan a dos culturas antagónicas, la mesoamericana y la occidental cohesionadas por el modelo cultural que emana de la noción cultural de *la Madre tierra-Tlaltecútl*, preeminente en el ritual del *huentle*, de las peticiones de lluvias. Dicho modelo cultural, es por tanto, una distintiva interpretación de la naturaleza que conlleva la apropiación sagrada de la misma, a través del ritual religioso permeado a la comunidad agraria en su conjunto (Maldonado 2005: 41-46).

Consideraciones finales

Más allá del vínculo geográfico entre dos poblaciones distantes se encuentra el vínculo cultural entre Tepoztlán y San Juan Atzingo, el que a través de la narrativa indígena, en la memoria colectiva, se actualiza, en el episodio remoto de la celebración del triunfo del Tepoztécatl y su independencia del enclave Xochicalco-Cuauhnahuac. Tepoztécatl inició la independencia de los pueblos tributarios de Xochicalco bajo el signo independentista de los chichimecas que empezaron a llegar a la región a finales del Clásico (Brotherson *op. cit.*), integrándose desde entonces a la división tributaria xochimilca hasta la llegada de los españoles.

Observamos también para los dos casos de estudio, Tepoztlán y San Juan Atzingo, que la tradición oral recupera de la memoria individual y colectiva el conocimiento, la valoración y la voluntad de conservación de los orígenes remotos que dan legitimidad a los pueblos originarios. Es por ello que la tradición oral sobre el teponaztli y la *Leyenda del Tepoztécatl* sirven de instrumento para retroalimentar la tradición oral y la memoria colectiva destacándose el origen prehispánico del héroe cultural y el linaje de los tepoztecas y los atzintecas contemporáneos.

Es pertinente señalar la preeminencia que guardan las fuentes orales en estas modernas sociedades tradicionales; éstas recuperan *el valor de la palabra*

frente a la palabra escrita y vinculan la dimensión ética de la comunidad con la memoria histórica y las experiencias de la vida cotidiana de amplios segmentos del cuerpo social (local y regional).

La valoración que los actores sociales hacen de sus fuentes orales nos habla de la historia no institucionalizada; por ello el aporte que las narrativas indígenas ofrecen al investigador es una suerte de registro no documentado en el cual es posible recuperar los sucesos de una historia compartida de larga tradición, que en la actualidad, debido a la vida moderna tiene una memoria fragmentada o bien ha sido olvidada.

La valoración y significación de la narrativa o historia oral escapan a las determinaciones de los marcos conceptuales preestablecidos institucionalizados y se convierten en una fuente emancipatoria del sujeto, o en su caso de la memoria colectiva.

Por otro lado, la oralidad ilumina a la palabra escrita, revitalizándola y dándole la perspectiva y el contorno humano necesario. Las fuentes orales a través de una literatura abundante contribuyen a equilibrar la balanza entre el tiempo largo y el corto, entre las estructuras y quienes les dan vida; porque las grandes síntesis oponen lo único y contradictorio; porque la historia entendida según un planteamiento cronológico lineal opone emoción, sentimiento y superposición de recuerdos; porque en vez del tiempo largo se privilegia el tiempo vivo de la memoria evidenciando hasta qué punto el pasado está presente en las conciencias; y porque se confronta, además, a la subjetividad pasada y actual del otro. La fuente oral es, pues, complementaria y necesaria no sólo por el valor que el recuerdo de los otros tiene para el historiar, sino porque su valía también se evidencia por la fuerza de toda la experiencia humana y por la potencia del destino personal (Vilanova 1988).

Lo anterior sugiere lo que Phillippe Joutard ha llamado *la otra cara de la historia*, argumentando la distinción entre la historia oficial y la memoria no institucional: “la memoria oficial o institucional no es sólo monopolio del poder y de los grupos y clases dominantes. Desde el momento en que una comunidad toma cierta conciencia de sí misma, tiene su memoria institucional y oficial. Incluso es para ella una cuestión vital, cuando es débil y está amenazada” (Joutard 1986: 260 y sigs.).

Para concluir, deseamos manifestar nuestra coincidencia con la observación de Veronica Kugel cuando señala: “Más allá de las ramificaciones [que una leyenda o un cuento adquieran], pertenece a los lugares, a los grupos sociales y a las culturas que lo cuentan: si alguien lo recuerda y lo transmite es que aterrizó, pertenece a ese espacio y tiempo en el que cobra nueva vida. El sin-

cretismo y la actualidad de la versión transmitida le permiten cumplir una función perfectamente integrada a la realidad de la comunidad en la que se cuenta” (Kugel 2006).

Bibliografía

ACUÑA, RENÉ

- 1985 *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BELLO DÍAZ, HUMBERTO

- 1998 *La historia del Tepozteco en Tepoztlán, nuestra historia. Testimonios de los habitantes de Tepoztlán, Morelos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

BROTHERSTON, GORDON

- 1995 “Las cuatro vidas del Tepoztecatl”, en *Estudios de Cultura Nahuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, no. 25, México.

DAHLGREN DE JORDÁN, BARBRO

- 1966 “La obra etnológica del maestro Weitlaner”, en *Homenaje a Roberto J. Weitlaner*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

DURAN, FRAY DIEGO

- 1967 *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 vols. Porrúa, México.

GALINIER, JACQUES

- 2006 “El panoptikon mazahuavisiones, substancias, relaciones”, en *Estudios de Cultura Otopame*, vol. 5, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

GIMÉNEZ, GILBERTO

- 2005 “Paisaje, cultura y apego socioterritorial en la región central de México”, en *Teoría y análisis de la cultura*, 2 tomos, Dirección de Vinculación Cultural del Consejo para la Cultura y las Artes, México, pp. 429-450.

JOUTARD, PHILIPPE

- 1986 *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México.

KUGEL, VERÓNICA

- 2006 “Los animales agradecidos: un cuento, dos tradiciones”, en *Estudios de Cultura Otopame*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, vol. V.

LEÓN PORTILLA, ASCENCIÓN H. DE

- 1988 *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y bibliografía*, t. I, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

LÓPEZ GONZÁLEZ, VALENTÍN

- 1969 *Cómo nació el estado de Morelos a la vida institucional*, Gobierno del Estado de Morelos, Ediciones del Centenario, México.

MALDONADO JIMÉNEZ, DRUZO

- Religiosidad indígena. Historia y etnografía de Coatetelco, Morelos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MUNTZEL, MARTHA

- 1983 “Los sustantivos poseídos del Tlahuica (ocuilteco)”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Sociedad Mexicana de Antropología, t. XXIX, México, 1983.

PLANCARTE Y NAVARRETE, FRANCISCO

- 1982 *Tamoanchan, el estado de Morelos. Y el principio de la civilización en México*, Gobierno del Estado de Morelos, México.

SOUSTELLE, JACQUES

- 1971 *México, tierra india*, Secretaría de Educación Pública, Colección Setentas, México.

TOSTADO GUTIÉRREZ, MARCELA

- 1998 *Tepoztlán, nuestra historia. Testimonios de los habitantes de Tepoztlán, Morelos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

VILANOVA, MERCEDES

- 1988 Prólogo, en *La voz del pasado. La historia oral de Paul Thompson*, Institució Valenciana d'etudis I Investigacio, 1988.

VILLAMIL TAPIA, ENRIQUE

- 1963 *Tepoztlán en la historia y leyendas*, Imprenta Rojas, México, 1963, pp.13 y ss.

